

EL GESTO MÁS ESCANDALOSO José Antonio Pagola

24 Tiempo ordinario – C (Lc 15,1-32) 15 de septiembre 2019

El gesto más provocativo y escandaloso de Jesús fue, sin duda, su forma de **acoger con simpatía especial a pecadoras y pecadores, excluidos por los dirigentes religiosos y marcados socialmente por su conducta al margen de la Ley**. Lo que más irritaba era la costumbre de Jesús de comer amistosamente con ellos.

De ordinario, olvidamos que Jesús creó una situación sorprendente en la sociedad de su tiempo. **Los pecadores no huyen de él. Al contrario, se sienten atraídos por su persona y su mensaje**. Lucas nos dice que «los pecadores y publicanos solían acercarse a Jesús para escucharle». Al parecer, **encuentran en él una acogida y comprensión que no encuentran en ninguna otra parte**.

Mientras tanto, los sectores fariseos y los doctores de la Ley, los hombres de mayor prestigio moral y religioso ante el pueblo, solo saben criticar escandalizados el comportamiento de Jesús: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». ¿Cómo puede un hombre de Dios comer en la misma mesa con aquella gente pecadora e indeseable?

Jesús nunca hizo caso de sus críticas. Sabía que **Dios no es el Juez severo y riguroso del que hablaban con tanta seguridad aquellos maestros** que ocupaban los primeros asientos en las sinagogas. Él conoce bien el corazón del Padre. **Dios entiende a los pecadores; ofrece su perdón a todos; no excluye a nadie; lo perdona todo**. Nadie ha de oscurecer y desfigurar su perdón insondable y gratuito.

Por eso, **Jesús les ofrece su comprensión y su amistad**. Aquellas prostitutas y recaudadores han de sentirse acogidos por Dios. Es lo primero. Nada tienen que temer. **Pueden sentarse a su mesa**, pueden beber vino y cantar cánticos junto a Jesús. **Su acogida los va curando por dentro**. Los libera de la vergüenza y la humillación. Les devuelve la alegría de vivir.

Jesús los acoge tal como son, sin exigirles previamente nada. Les va contagiando su paz y su confianza en Dios, sin estar seguro de que responderán cambiando de conducta. Lo hace confiando totalmente en la misericordia de Dios que ya los está esperando con los brazos abiertos, **como un padre bueno que corre al encuentro de su hijo perdido**.

La primera tarea de una Iglesia fiel a Jesús no es condenar a los pecadores sino comprenderlos y acogerlos amistosamente. En Roma pude comprobar hace unos meses que, siempre que el papa Francisco insistía en que Dios perdona siempre, perdona todo, perdona a todos..., la gente aplaudía con entusiasmo. Seguramente es lo que mucha gente de fe pequeña y vacilante necesita escuchar hoy con claridad de la Iglesia.